

# El sacerdote, testigo, maestro y pastor en una comunidad iniciadora

**Mons. Octavio Ruiz Arenas**

*Arzobispo emérito de Villavicencio (Colombia)*

*Secretario del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización*

## RESUMEN

El tema central de esta intervención es el binomio sacerdote-catequesis.

La entrega de la persona del sacerdote a ser testigo, maestro y pastor de la comunidad radica de ese «Sí, quiero» que pronuncia delante del obispo cuando recibe el sacramento del orden.

Es urgente y a la vez todo un reto apasionante, poder mostrar a nuestra sociedad, tan variada y cambiante, el rostro misericordioso de ese Dios al que busca a tientas. La catequesis está llamada a infundir esperanza a los hombres y mujeres de hoy que se debaten en medio de grandes incertidumbres. De ahí la necesidad de formar y forjar centinelas de centinelas de la memoria de Dios, sacerdotes testigos del Señor, maestros de la fe, pastores de la comunidad.

## PALABRAS CLAVE

Sacerdote

Catequesis

Comunidad cristiana

Nuevos retos

**A**gradezco con profundo afecto la invitación que me habéis hecho para venir a participar en estas Jornadas de Catequesis organizadas por la Subcomisión Episcopal de Catequesis de la Conferencia Episcopal Española, cuyo tema central será «El catequista, centinela de la memoria de Dios». Se trata de una temática de mucha actualidad, ya que conduce a una profundización de lo que constituye el ser y la vocación de todo catequista.

Al iniciar estos días de reflexión nuestro pensamiento se dirige a la labor que obispos y sacerdotes debemos cumplir en cuanto que cada uno de los que hemos recibido el sacramento del Orden debemos ser «centinela de centinelas». De aquí surge la necesidad de reforzar nuestro interés y entusiasmo por la labor catequética, no solo impulsando y acompañando a los catequistas, sino asumiendo con responsabilidad y de manera directa este especial encargo que tenemos al interior mismo de nuestra misión evangelizadora, sin perder la especificidad de nuestro ser sacerdotal.

Durante los encuentros que ha realizado el Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización con las Comisiones Episcopales de Catequesis de Europa, Estados Unidos y América Latina, realizados entre diciembre de 2014 y septiembre de 2015 se han señalado algunas preocupaciones acerca de la formación de los futuros sacerdotes, especialmente en relación con su función como catequistas, ya que muchos sacerdotes no dedican suficiente tiempo y no muestran entusiasmo a este rol fundamental de su ministerio sacerdotal. Se advertía entonces la necesidad de despertar en los presbiterios el gusto por la catequesis, es parte integral de la vida sacerdotal y cuya importancia no solo enriquece a la comunidad, sino también al sacerdote mismo en cuanto que el ejercicio del ministerio de la Palabra en forma de catequesis es parte de su identidad.

El sacerdote no se entiende sin hacer referencia a la comunidad. Él ha sido consagrado y es enviado para el servicio de ella en nombre de Cristo. Más aún, si queremos penetrar en el misterio de la Iglesia y comprender su misión, se requiere, evitando todo clericalismo o laicismo o cualquier otro extremo, contemplar la belleza del don del sacerdocio, de su ministerio y de su relación con la comunidad a la cual es enviado como testigo, maestro y pastor. Tocamos así la esencia misma del sacerdocio, su ser relacional, porque el sacerdote no existe para sí mismo, sino para la comunidad para la cual ha sido elegido por Dios. Hoy, sin embargo, nos encontramos en tiempos de profunda transformación, debido en gran parte a los cambios culturales que van determinando

en la actualidad un «cambio de época»<sup>1</sup>, pero también a la necesidad que sienten las comunidades cristianas de convertirse en una «Iglesia en salida», en comunidades misioneras, como bien lo expresa el papa Francisco<sup>2</sup>. Una comunidad en la que los fieles laicos junto con sus pastores deberán llegar a ser una comunidad que sea sujeto y objeto de la misión, que sepa anunciar el Evangelio a los no bautizados, que salga a buscar a los alejados e indiferentes y, al mismo tiempo, que sepa educar a los fieles a una vida cristiana más profunda y auténtica. La comunidad misionera es la que anuncia el Evangelio con decisión y logra atraer a las personas para que tomen el camino que conduce cada vez más cerca de Cristo; en otras palabras, es una comunidad iniciadora, dentro de la cual el papel del sacerdote es decisivo. Él está puesto a la cabeza para guiarla y acompañarla, lo cual muestra la urgencia de una preparación adecuada y de una conversión pastoral.

## Los nuevos retos de la catequesis ante un mundo cambiante

La catequesis ha ido asumiendo en la actualidad nuevas pautas con el fin de responder a los grandes desafíos que se presentan a la Iglesia para la transmisión de la fe cristiana. Ante el fenómeno de la secularización que va carcomiendo los fundamentos y los valores que brotan del Evangelio, como también de la indiferencia religiosa que se va extendiendo de manera acelerada, pero al mismo tiempo ante la sed de Dios que surge en el corazón de tanta gente que se ha alejado de la Iglesia y de los sacramentos, no podemos pensar que nos encontramos frente a una antorcha humeante y a punto de apagarse, sino ante un nuevo desafío evangelizador que requiere creatividad, arrojo, entusiasmo, convicción, alegría y un testimonio de vida capaz de hacer atractiva la fe que queremos transmitir.

Estamos en un mundo que tenemos que evangelizar, con el que hay que dialogar abiertamente sin prejuicios ni prevenciones, para lo cual hay que partir de un reconocimiento de su bondad interior y de que está anhelante de la sal y de la luz que brotan del Evangelio (cf. *Rom* 8, 19). Pablo VI nos decía con gran clarividencia en su primera encíclica que «la Iglesia debe ir hacia el diálogo con el mundo en que le toca vivir» y, añadía, que «antes de convertirlo, más aún, para poder convertirlo,

<sup>1</sup> FRANCISCO, exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, n. 53 (desde ahora EG).

<sup>2</sup> EG, nn. 20-24.

el mundo necesita que nos acerquemos a él y que le hablemos»<sup>3</sup>. Todo esto sin desconocer que es un mundo terriblemente cambiante y que, en la actualidad, sufre las consecuencias de una serie de crisis que se han venido gestando desde hace algunos siglos. Bien decían los obispos en *Aparecida*: «La pastoral de la Iglesia no puede prescindir del contexto histórico donde viven sus miembros. Su vida acontece en contextos socioculturales bien concretos»<sup>4</sup>.

La gran mayoría de nosotros percibimos el cambio que ha significado la postmodernidad, que ha vuelto todo relativo, acelerado e inestable, que niega la posibilidad de verdades absolutas que den firmeza y seguridad y que, además, pone en crisis la tradición del pasado y la esperanza que puede ofrecer el futuro. En medio de ello se ha ido perdiendo el sentido de la vida humana y la vida misma se ha vuelto objeto de experimentación biológica y genética, con consecuencias inimaginables. El avance de la ciencia y de la técnica, que ha traído respuestas acertadas a tantas inquietudes seculares de la humanidad, ha puesto igualmente en crisis la misma concepción de Dios, que en últimos términos es una crisis profundamente antropológica. En efecto, se ha puesto todo a girar en torno a lo humano, en un antropocentrismo desviado, como lo llama el papa Francisco, que termina dando prioridad absoluta a sus conveniencias circunstanciales, y todo lo demás se vuelve relativo, lo cual alimenta la degradación ambiental y social<sup>5</sup>. Por eso el santo padre nos pone en guardia frente a ese relativismo que brota del paradigma tecnocrático y de la adoración del poder humano sin límites, pues «Si no hay verdades objetivas ni principios sólidos, fuera de la satisfacción de los propios proyectos y de las necesidades inmediatas, ¿qué límites pueden tener la trata de seres humanos, la criminalidad organizada, el narcotráfico, el comercio de diamantes ensangrentados y de pieles de animales en vías de extinción?»<sup>6</sup>.

El influjo de la secularización ha ido transformando todos los ambientes que nos rodean y ha ido dejando profundas laceraciones en instituciones tan fundamentales como la familia, que durante siglos constituyó una roca fuerte para la transmisión de la fe. La crisis de la familia abarca no solo comportamientos y cambio de actitudes, sino también replanteamientos ideológicos que van destruyendo la esencia misma de su ser y se va extendiendo cada vez más una mentalidad en la que no se quieren compromisos definitivos; el número de parejas de

---

<sup>3</sup> PABLO VI, encíclica *Ecclesiam suam*, n. 27.

<sup>4</sup> *Documento Conclusivo de Aparecida*, n. 367.

<sup>5</sup> Cf. FRANCISCO, encíclica *Laudato sí*, n. 122 (en adelante LS).

<sup>6</sup> Cf. LS, n. 123.

hecho crece, lo mismo que la unión de personas del mismo sexo, los divorcios y los adulterios. Se quiere reformular el concepto mismo de familia, abandonando y desconociendo la sacramentalidad del matrimonio. Asimismo muchos sacerdotes han ido menguando su ímpetu misionero y se han dejado llevar por lo que el papa Francisco llama la «mundanidad espiritual», es decir, ese deseo de buscar la gloria humana en sus diversas actividades pastorales, sin preocuparse de que el Evangelio tenga una real inserción en el pueblo fiel de Dios y en las necesidades concretas de la historia y descuidando, por consiguiente, el objetivo central de su misión, que es hacer presente al Señor Jesús en medio del mundo no solo a través de sus palabras sino especialmente por medio de su testimonio de vida<sup>7</sup>. Dicha mundanidad espiritual es fruto en muchos casos de la «acedia egoísta» que lleva a perder o a disminuir la entrega generosa y la consagración total al servicio del Evangelio, por falta de una espiritualidad que impregne la acción evangelizadora. Por ello, dice el papa, que en lugar de iluminar y comunicar vida, se dejan cautivar por cosas que solo generan oscuridad y cansancio interior, y que apolillan el dinamismo apostólico<sup>8</sup>.

En este mundo tan convulsionado es donde la Iglesia está llamada a evangelizar y hacer presente la Palabra que da vida y que infunde un verdadero sentido a la existencia humana. No podemos dejarnos llevar por la tentación de separar de manera radical la Iglesia y el mundo, hasta el punto de pensar que el mundo que nos rodea es simplemente hostil a la Iglesia y esta una especie de opositora de lo que aquel nos ofrece y de sus múltiples culturas. No podemos alimentar una ruptura entre la fe y la vida, puesto que la fe que transmite la Iglesia es una fe que tiene que estar profundamente inculturada, que debe buscar lenguajes que sean significativos para la cultura actual, y en particular, para los jóvenes, y conocer la realidad humana de los pueblos o comunidades a las que se dirige, teniendo en cuenta la mutación de los códigos existencialmente relevantes en las sociedades influenciadas por la postmodernidad, y marcadas por un amplio pluralismo social y cultural<sup>9</sup>.

## **Ser centinela de la memoria de Dios es una vocación eclesial**

El papa Francisco, durante el encuentro que tuvo con los catequistas participantes en el Congreso Internacional que organizó el Pontificio

---

<sup>7</sup> Cf. EG, nn. 93-97.

<sup>8</sup> Cf. EG, nn. 81-83.

<sup>9</sup> Cf. Aparecida, 100 d.

Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización en Roma, con ocasión del Año de la fe, les decía que no se trata de trabajar como catequistas, sino de ser catequistas, ya que ser catequista es una vocación que exige dar testimonio de la fe y ser coherente en la propia vida, para lo cual se requiere amor, y un amor cada vez más intenso a Cristo y a su pueblo santo<sup>10</sup>.

Esta vocación eclesial, que es una llamada personal del Señor que conlleva una especial relación con Él y que es como el motor de toda la acción del catequista<sup>11</sup>, se inscribe dentro de la misión evangelizadora que tiene toda la Iglesia, según el mandato de Jesús: «Id y haced que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a cumplir todo lo que les he mandado. Y yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo» (Mt 28, 19-10). Esta es una tarea que le corresponde a toda la comunidad cristiana, pues en virtud del bautismo todo miembro del pueblo de Dios ha sido constituido «discípulo misionero» y cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe lo compromete como agente evangelizador<sup>12</sup>. En este sentido el *Directorio General para la Catequesis* recordaba que «La catequesis es una responsabilidad de toda la comunidad cristiana» y, como consecuencia, «La iniciación cristiana no deben procurarla solamente los catequistas o los sacerdotes, sino toda la comunidad de fieles»<sup>13</sup>. Pero al mismo tiempo indicaba que «aunque todos sus miembros han de dar testimonio de la fe, no todos reciben la misión de ser catequistas» a quienes la Iglesia confía oficialmente «la delicada tarea de transmitir orgánicamente la fe en el seno de la comunidad»<sup>14</sup>.

No podemos desconocer que los catequistas ocupan un lugar privilegiado entre todos los agentes de pastoral. Juan Pablo II los consideraba «agentes especializados, testigos directos, evangelizadores insustituibles, que representan la fuerza básica de las comunidades cristianas»<sup>15</sup>. El papa Francisco, al preguntarse «¿Quién es el catequista?», señalaba una de las principales características que debe tener: «Es el que custodia y alimenta la memoria de Dios; la custodia en sí mismo y sabe despertarla en los demás». Es, por lo tanto, «un cristiano que lleva consigo la memoria de Dios, se deja guiar por esa memoria en toda su vida, y la sabe

---

<sup>10</sup> Cf. FRANCISCO, *Alocución en el encuentro con los Catequistas durante el Año de la fe*, 28 de septiembre de 2013.

<sup>11</sup> Cf. *Directorio general para la Catequesis*, n. 231 (en adelante DGC).

<sup>12</sup> Cf. EG, n. 120.

<sup>13</sup> Cf. DGC, n. 220.

<sup>14</sup> Cf. DGC, n. 221.

<sup>15</sup> JUAN PABLO II, encíclica *Redemptoris missio*, n. 73.

despertar en el corazón de los otros». Dirigía entonces a todos un interrogante: «¿Somos nosotros memoria de Dios?, ¿somos verdaderamente como centinelas que despiertan en los demás la memoria de Dios, que inflama el corazón?». Señala entonces que ser «centinela de la memoria de Dios» es una tarea eclesial que supone por parte del catequista tener una relación constante y vital con Él y con el prójimo, ser un hombre o una mujer de fe, que se fía verdaderamente de Dios y pone en Él su seguridad; tener caridad y amor para ver a todos como hermanos con amabilidad, comprensión y misericordia<sup>16</sup>. El primer «centinela de centinelas» es el obispo, el cual, junto con los demás obispos como colegio y en comunión con el sucesor de Pedro, tiene la máxima responsabilidad de la catequesis en su diócesis<sup>17</sup>. Así, pues, el obispo es el primer catequista en su diócesis, como el párroco lo debe ser en su comunidad parroquial y son ellos los que tienen la responsabilidad de animar, convocar, formar y acompañar a los catequistas en el ejercicio de su labor evangelizadora.

La catequesis ha venido evolucionando hasta llegar a concebirse como un proceso de iniciación a la vida cristiana, siguiendo el modelo catecumenal, que comporta la transmisión de las verdades de la fe, en cuanto fundamentación de la adhesión a Jesucristo, pero que se inscribe dentro del conjunto de todo lo que significa ser cristiano, de tal modo que involucra la vivencia sacramental, la vida de oración, el ejercicio de la caridad y el compromiso social. Así, pues, la catequesis constituye todo un camino que debe conducir al encuentro personal con Cristo, que invita al creyente a convertirse en un auténtico discípulo misionero. Por esta razón hay que dar gran importancia a la iniciación kerigmática en cuanto que como primer anuncio «debe ocupar el centro de la actividad evangelizadora y de todo intento de renovación eclesial»<sup>18</sup>.

Los procesos de iniciación cristiana requieren, por consiguiente, catequistas muy bien formados en este campo: catequistas que entiendan los itinerarios formativos y las metodologías propias de la iniciación cristiana y que tengan una mente con la necesaria apertura para conocer y acompañar a la persona concreta a descubrir a Cristo en su propia vida. Catequistas que sean verdaderos testigos, que vivan con autenticidad su fe y de ese modo la hagan creíble ante un mundo cada vez más hostil. Catequistas que sean verdaderos discípulos misioneros capaces de contagiar con su alegría y su profunda convicción de fe a aquellos a quienes el Señor pone en su camino.

<sup>16</sup> Cf. FRANCISCO, *Homilía*, domingo 29 de septiembre de 2013 en la plaza de San Pedro.

<sup>17</sup> Cf. DGC, n. 136.

<sup>18</sup> EG, n. 164.

Nosotros, sacerdotes y obispos, debemos ser los primeros centinelas de la memoria de Dios, ya que estamos llamados a ser testigos, maestros y pastores del pueblo de Dios que se nos ha encomendado.

## Ministros consagrados para anunciar con fidelidad y constancia el Evangelio

Cuando un sacerdote es llamado a formar parte del orden episcopal el obispo consagrante le hace un interrogatorio delante de todo el pueblo, antes de hacer la invocación a todos los santos y de recitar la fórmula consagratória. En ese momento solemne primero le pregunta: «¿Quieres consagrarte, hasta la muerte, al ministerio episcopal que hemos heredado de los apóstoles, y que por la imposición de nuestras manos te va a ser confiado con la gracia del Espíritu Santo?» De la misma manera en la ordenación presbiteral el obispo pregunta: «¿Quieres desempeñar para siempre el ministerio sacerdotal en el grado de presbítero como fiel colaborador del orden episcopal, apacentando el rebaño del Señor bajo la guía del Espíritu Santo?» Dado que todos nosotros, obispos y sacerdotes, tuvimos un tiempo de oración y de intimidad con el Señor e hicimos un retiro espiritual para prepararnos al sacramento del orden, respondimos: «Sí, quiero». Este «sí», expresaba nuestra respuesta decidida y firme al Señor que nos ha llamado a cada uno de nosotros, a pesar de nuestra indignidad, para tan grande ministerio. Fue una respuesta en la que pusimos totalmente nuestra confianza en Él, en su infinita misericordia, no en nuestras capacidades y mucho menos en nuestros deseos o caprichos. Y al decir «quiero», por consiguiente, indicábamos nuestra voluntad o determinación de dedicar toda nuestra vida al servicio del Señor y de su Iglesia, más aún exteriorizábamos nuestro empeño de conformar nuestra existencia al deseo de Cristo que nos llamaba y, al mismo tiempo, manifestábamos el amor que nos movía para seguirlo y por el cual le entregábamos nuestra vida entera y le prestábamos nuestras manos, nuestra boca, nuestro corazón para que Él continuara, con nuestra pobre mediación, su acción salvadora.

Es interesante constatar que cuando utilizamos el verbo «querer» podemos expresar nuestro deseo de hacer algo, pero también podemos indicar el amor que tenemos hacia alguien: «quiero hacer esto», «te quiero». En nuestro caso con esa palabra estábamos haciendo como una síntesis del significado de ese «querer»: Aceptábamos una tarea por el amor a Jesús y a su Iglesia. Aquí podríamos recordar el diálogo que en la orilla del lago de Galilea tuvo el Señor resucitado con Pedro, el



cual estaba profundamente arrepentido por haber negado al Señor en el momento en que Jesús había sido prendido y estaba siendo juzgado. Nos dice el evangelio que «por tercera vez le pregunta Jesús: “Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?”. Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez si lo quería, y le contestó: “Señor, Tú conoces todo, Tú sabes que te quiero”. Jesús le dice: “Apacienta mis ovejas”» (Jn 21, 17). Igualmente nosotros en ese momento de nuestra ordenación en lo más íntimo de nuestro ser le dijimos lo mismo al Señor: Tú que lo conoces todo, Tú que me conoces y sabes lo que he sido, Tú que conoces mis pecados, mis infidelidades, mis debilidades, Tú sabes que te quiero y que quiero consagrarme a tu servicio.

Bien sabemos que la primera y principal tarea que tenemos quienes hemos sido llamados a esta configuración con Cristo, que nos ha sido dada por la imposición de manos de los obispos y la oración de consagración, es precisamente la de ser maestros de la fe y testigos de la palabra. Juan Pablo II nos ha recordado que por la sagrada ordenación hemos asumido como compromiso principal predicar el Evangelio a los hombres y que tenemos que hacerlo de tal manera que los invite-mos a creer por la fuerza del Espíritu o los confirmemos en la fe viva, puesto que el anuncio de Cristo debe ocupar siempre el primer lugar en nuestras tareas y, por lo tanto, tenemos que ser los primeros predicadores del Evangelio con la Palabra y con el testimonio de vida<sup>19</sup>. Por eso en el momento de la ordenación se nos preguntó también si queríamos anunciar con fidelidad y constancia el Evangelio de Jesucristo, e igualmente si estábamos dispuestos a conservar íntegro y puro el depósito de la fe, tal como fue recibido por los apóstoles y conservado en la Iglesia y en todo lugar, y de nuevo volvimos a decir con fe y con la confianza puesta en el Señor: Sí, quiero.

Los obispos y los sacerdotes debemos beber constantemente de la Palabra de Dios y dejarnos arropar por ella para poder cumplir debidamente con el encargo recibido. Nuestra tarea está enmarcada por el anuncio de la Palabra, por la conservación amorosa de la verdad y por la defensa valerosa de la misma, la cual debe ser testimoniada permanentemente con su propia vida. Unos y otros estamos llamados a tener coherencia personal, pues su enseñanza debe estar enmarcada y ratificada por el testimonio y el ejemplo de una vida de fe ya que en ellos su misión y su vida se unen de tal manera que no se puede pensar en ellas como si fueran dos cosas distintas. Al respecto decía Juan Pablo II: «Nosotros, obispos, somos nuestra propia misión»<sup>20</sup>.

<sup>19</sup> Cf. JUAN PABLO II, exhortaciones postsinodales *Pastores gregis*, n. 26; *Pastores dabo vobis*, n. 18.

<sup>20</sup> *Pastores gregis*, n. 31.

Cumplir esta tarea es algo muy exigente, que nos pide entrega, convicción, estudio, esfuerzo personal. No podemos dejarla de lado, como si se tratara de algo secundario o como si fuera una labor que podamos delegar a otras personas: religiosos, religiosas, catequistas laicos. ¡No! Es algo que debemos cumplir de manera personal. Al respecto vale la pena recordar las palabras de san Gregorio Magno, que encontramos en una lectura que hacemos en la Liturgia de las Horas, y que están destinadas a los obispos, pero que también pueden ser aplicadas a los sacerdotes.

Mirad cómo el mundo está lleno de sacerdotes, y, sin embargo, es muy difícil encontrar un trabajador para la mies del Señor; porque hemos recibido el ministerio sacerdotal, pero no cumplimos con los deberes de este ministerio [...]. Me refiero a que nos vemos como arrastrados a vivir de una manera mundana, buscando el honor del ministerio episcopal y abandonando, en cambio, las obligaciones de este ministerio. Descuidamos, en efecto, fácilmente el ministerio de la predicación y, para vergüenza nuestra, nos continuamos llamando obispos; nos place el prestigio que da este nombre, pero, en cambio, no poseemos la virtud que este nombre exige. Así, contemplamos plácidamente cómo los que están bajo nuestro cuidado abandonan a Dios, y nosotros no decimos nada<sup>21</sup>.

Sin duda son palabras duras de este papa, pero que reclaman de obispos y sacerdotes un examen para ver cómo estamos cumpliendo nuestra principal tarea en el ejercicio del ministerio que hemos recibido: Evangelizar. Bien lo ha señalado Pablo VI al decirnos que «evangelizar es, ante todo, dar testimonio, de una manera sencilla y directa de Dios, revelado por Jesucristo mediante el Espíritu Santo. Testimoniar que ha amado al mundo en su Hijo: que en su Verbo Encarnado ha dado a todas las cosas el ser, y ha llamado a los hombres a la vida eterna»<sup>22</sup>. Este anuncio, a partir de Jesucristo, debe llevar a mostrarnos, en cuanto nos es posible, el mismo ser de Dios, su realidad trinitaria, que es comunión de personas y, al mismo tiempo, la grandeza del hombre, que al ser creado amorosamente por Dios ha sido llamado a participar de su vida y su amor. Asociados a Cristo, por la fuerza del Espíritu, estamos llamados a una comunión de vida y de amor con Dios y con nuestros hermanos, es decir, estamos llamados a formar comunidad, dentro de la cual recibimos una misión: ser la transparencia de ese Dios que nos ama y que es plenitud de misericordia.

---

<sup>21</sup> S. GREGORIO MAGNO, *Nuestro ministerio pastoral*, Homilía 17, 3. 14 Cf. Liturgia de las Horas, Segunda lectura del sábado de la XXVII semana.

<sup>22</sup> PABLO VI, exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, n. 26 (en adelante EN).

Evangelizar no es algo simple, bien sabemos todos, pues se trata de un proceso continuado y progresivo que parte de «la acción misionera para los no creyentes y para los que viven en la indiferencia religiosa; la acción catequética-iniciatoria para los que optan por el Evangelio y para los que necesitan completar o reestructurar su iniciación; y la acción pastoral para los fieles cristianos ya maduros, en el seno de la comunidad cristiana»<sup>23</sup>. Son tres momentos que se involucran mutuamente y dentro de los cuales la catequesis tiene un carácter prioritario en ese proceso de formación permanente de iniciación y estructuración de la vida cristiana. De ahí, entonces, la gran responsabilidad que tenemos obispos y sacerdotes no solo de impulsar la catequesis, sino de ser sujetos activos de ella, en cuanto que hace parte fundamental de la misión evangelizadora que estamos llamados a cumplir. Sin la acción catequética, no podríamos mantener vivo el impulso inicial que ofrece el kerigma, como tampoco dar fuerza a las comunidades que quieren seguir a Jesucristo y vivir como Él.

## **El sacerdote, «centinela de centinelas»**

Al tomar conciencia de la responsabilidad que tiene de acompañar, impulsar y dirigir la acción catequística en la comunidad que le ha sido confiada, el sacerdote no puede absorber toda la acción pastoral sin dejar espacio a una participación activa de los laicos y de los miembros de la vida consagrada, como tampoco puede desinteresarse por completo y delegar todo, en especial lo que se refiere a la catequesis. El sacerdote es el primer catequista en su comunidad, pero allí cumple una función propia de su ser sacerdotal para impulsar, dar formación, acompañar y organizar los itinerarios catequéticos. En la catequesis él cumple un papel muy importante para ayudar a aquellos a quienes se les encomienda el ministerio de la catequesis. Sin embargo, él es el primero que debe procurar una formación permanente en este campo, con el fin de orientar la acción catequética en su comunidad parroquial, de tal manera que los catequistas a su cargo logren superar esquemas ya inadecuados, que tienden a una sola preparación pre-sacramental, desligada de un proceso que conduzca seriamente a una maduración de la fe y que sea continuada y permanente. Este es un reto hoy en muchas comunidades, pero que será favorablemente superado si los sacerdotes logran asumir su responsabilidad preparándose adecuadamente para dar ejemplo, para saber entusiasmar a los catequistas, para ayudarles y

---

<sup>23</sup> DGC, n. 49.

apoyarles en su formación y para seguir de cerca todo el desarrollo de los itinerarios de formación en la fe.

Ahora bien, la evangelización, y dentro de ella la catequesis, no solo debe preocuparse por salir al encuentro de la formación de la fe, sino también de responder a quienes se interrogan acerca del sentido de la vida, mostrando que en Jesús se encuentra la respuesta a las preguntas existenciales que se hace la humanidad, ya que Él es el camino, la verdad y la vida (*Jn 14, 6*). En uno y otro caso, de todos modos, cada vez es más clara la exigencia de un renovado impulso misionero y de dar importancia a un anuncio del kerigma que permita hacer percibir la novedad de la fe y su importancia para la vida. Pero igualmente la catequesis está llamada a infundir esperanza a los hombres y mujeres de hoy que se debaten en medio de grandes incertidumbres.

El sacerdote, entonces, tiene que ser un hombre de esperanza, lleno de optimismo, pues «la mirada creyente, dice Francisco, es capaz de reconocer la luz que siempre derrama el Espíritu Santo en medio de la oscuridad, sin olvidar que “donde abundó el pecado sobreabundó la gracia” (*Rom 5, 20*). Nuestra fe es desafiada a vislumbrar el vino que puede convertirse en agua y a descubrir el trigo que crece en medio de la cizaña»<sup>24</sup>.

Teniendo en cuenta todo lo anterior, vemos que el papel del sacerdote en la catequesis es aquella de servir de guía, de maestro, de animador, para que los catequistas asuman seriamente su ser «centinelas de la memoria de Dios» y por eso, reconociendo el ministerio que ejerce dentro de su comunidad, su papel es el de ser «centinela de centinelas», que está siempre alerta, vigilando con prudencia y amor, para que a través de la catequesis logren todos un encuentro personal con Jesucristo y alcancen encontrar sentido a toda su existencia.

Para cumplir su tarea evangelizadora y catequética el sacerdote no puede perder la conciencia de ser testigo del Señor Resucitado, maestro de la fe y pastor de la comunidad.

## El sacerdote, testigo del Señor resucitado

Para hablar del sacerdote en cuanto testigo del Señor resucitado debemos recordar que «El sacerdocio de los presbíteros se confiere por aquel especial sacramento con el que, por la unción del Espíritu,

---

<sup>24</sup> EG, n. 84.

quedan sellados con un carácter particular, y así se configuran con Cristo sacerdote, de suerte que puedan obrar como en persona de Cristo cabeza»<sup>25</sup>. Esta especial configuración con Cristo hace que el presbítero esté profundamente asociado a la misión del Señor, pero cumpliendo una función de la que no es el protagonista, ya que es el Señor mismo quien actúa a través de él. Así el sacerdote realiza su ser discípulo, que con humildad y amor se sacia de la Palabra del Señor y del sacramento eucarístico, para dar testimonio de Jesús, el Testigo fiel del amor del Padre. La eucaristía debe ser el centro de la vida sacerdotal y de su espiritualidad y el motor de toda su actividad pastoral, pues en ella el sacerdote ofrece todo su ser al Señor, con todo lo que ama, lo que hace y lo que quiere, dejando que Él plasme su corazón según su voluntad. Sin ese ofrecimiento su vida sacerdotal será vacía y puede llegar a un activismo infecundo. En esta profunda relación con Dios el sacerdote encontrará inspiración para todo su ministerio, en especial para el ministerio de la Palabra y de su actividad catequética, y fuerza para lograr la conversión pastoral a la cual nos llama la Iglesia en la actualidad.

El sacerdote, por ende, está llamado a dar testimonio de ese Dios cercano y amigo, Padre amoroso y lleno de misericordia. Su vida y sus palabras deben hacer renacer la alegría y la esperanza en un mundo convulsionado, lleno de dolor, de desigualdad y de violencia e igualmente anunciar con gozo a aquel Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios, que ha venido a dar luz y sentido a la existencia humana, a perdonar y liberar al hombre y a comunicar su Espíritu para que, viviendo la realidad de hijos de Dios, podamos ya desde ahora participar de su vida eterna. De este modo se cumplirá adecuadamente lo que el papa Francisco nos recalca en su exhortación programática:

«Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos «discípulos» y «misioneros», sino que somos siempre «discípulos misioneros». Si no nos convencemos, miremos a los primeros discípulos, quienes inmediatamente después de conocer la mirada de Jesús, salían a proclamarlo gozosos: «¡Hemos encontrado al Mesías!» (Jn 1, 41). La samaritana, apenas salió de su diálogo con Jesús, se convirtió en misionera, y muchos samaritanos creyeron en Jesús «por la palabra de la mujer» (Jn 4, 39). También San Pablo, a partir de su encuentro con Jesucristo, «enseguida se puso a predicar que Jesús era el Hijo de Dios» (Hch 9, 20). ¿A qué esperamos nosotros?»<sup>26</sup>.

<sup>25</sup> CONCILIO VATICANO II, decreto *Presbiterorum ordinis*, n. 2.

<sup>26</sup> EG, n. 120.

Los apóstoles y las primeras comunidades cristianas hicieron resplandecer la figura y presencia de Cristo por medio de su testimonio de vida. Su mensaje silencioso de amor y de servicio era tan elocuente que aun aquellos que los perseguían se preguntaban las razones de su comportamiento, y muchos llegaron a la fe, porque a través del testimonio de esos hombres y mujeres escucharon el anuncio de la Buena Nueva y abrieron su corazón y su mente para acoger al Señor.

Para un sacerdote será imposible cumplir su misión profética si no evangeliza primero con su testimonio de vida. Pablo VI lo ponía de relieve al decirnos:

«Para la Iglesia el primer medio de evangelización consiste en un testimonio de vida auténticamente cristiana, entregada a Dios en una comunión que nada debe interrumpir y a la vez consagrada igualmente al prójimo con un celo sin límites. El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio»<sup>27</sup>.

Esto es algo esencial fuertemente subrayado por Pablo VI al señalar la importancia primordial del testimonio en la proclamación de la Buena Nueva, de tal manera que el testimonio constituye ya de por sí una proclamación silenciosa, pero también muy clara y eficaz, de la Buena Nueva<sup>28</sup>. Ciertamente, quien dentro de un itinerario de iniciación a la vida cristiana va descubriendo a Cristo en su propio ser necesita ser apoyado en su fe por el testimonio vivo, no solo del sacerdote, sino también de los miembros de su comunidad parroquial. Una comunidad en la que cada uno se esfuerce por vivir con gozo la vida de la gracia que le ha sido dada en el bautismo. Así, pues, el testimonio de amor constituye lo primero que todo sacerdote, todo catequista y todo miembro de la comunidad cristiana está llamado a ofrecer: la vivencia del mandamiento nuevo que nos dejó el Señor (*Jn* 13, 34).

No podemos olvidar que el primer testigo es Cristo. En efecto, Él es «el gran Profeta, que con el testimonio de la vida y con el poder de la Palabra proclamó el reino del Padre»<sup>29</sup> y quiso que la Iglesia fuese testigo de su presencia en el mundo, de tal modo que todos los bautizados, compartiendo la suerte de toda la humanidad, diera testimonio de una nueva creación fundada en el Evangelio. De ahí la urgencia de una continua necesidad de conversión a Dios para poder dar testimonio de

---

<sup>27</sup> EN, n. 18

<sup>28</sup> Cf. EN, n. 21

<sup>29</sup> CONCILIO VATICANO II, constitución dogmática *Lumen Gentium*, n. 35 (en adelante LG).

su amor. Para cumplir con este encargo de ser testigos del mensaje de salvación, el sacerdote y quienes han recibido el bautismo, deben tener una profunda relación con la Palabra y con los sacramentos para ser en el mundo profetas de esperanza. Así como en la historia de la salvación no se encuentra separación entre lo que Dios dice y lo que hace, pues su Palabra se presenta viva y eficaz (cf. *Heb 4, 12*), la Palabra acogida en la fe y celebrada en la acción litúrgica tiene en sí misma una dimensión muy comprometedora, para hacer de los cristianos un signo de la presencia de Cristo Resucitado en el mundo.

El testimonio que se exige al sacerdote va íntimamente ligado a la búsqueda de la santidad, pues solo así será creíble su mensaje. Ya Pablo VI nos lo recordaba al decirnos que:

«Paradójicamente, el mundo, que a pesar de los innumerables signos de rechazo de Dios lo busca sin embargo por caminos insospechados y siente dolorosamente su necesidad, el mundo exige a los evangelizadores que le hablen de un Dios a quien ellos mismos conocen y tratan familiarmente, como si estuvieran viendo al Invisible. El mundo exige y espera de nosotros sencillez de vida, espíritu de oración, caridad para con todos, especialmente para los pequeños y los pobres, obediencia y humildad, desapego de sí mismos y renuncia. Sin esta marca de santidad, nuestra palabra difícilmente abrirá brecha en el corazón de los hombres de este tiempo. Corre el riesgo de hacerse vana e infecunda»<sup>30</sup>.

Como en el sacerdote está íntimamente ligada el anuncio de la Palabra y la celebración de los sacramentos, al cumplir su ministerio debe hacer visible a lo largo de su vida a Cristo Resucitado, pero teniendo siempre presente que no puede renunciar a la fatiga y al sufrimiento, pues debe llevar una vida conforme al Evangelio, con la renuncia y la cruz, con el espíritu de las bienaventuranzas<sup>31</sup>. Su participación activa y fructuosa en la celebración sacramental comporta asumir la condición de siervo y, siguiendo el ejemplo de su maestro, ser servidor de sus hermanos, como signo concreto de amor y de autenticidad en el seguimiento de Jesús. De ahí, entonces, la importancia de impulsar también una catequesis mistagógica para vivir y hacer vivir plenamente la mística del sacramento celebrado.

Ahora bien, el sacerdote en cuanto testigo del Señor resucitado debe ser el promotor de la comunión, la cual, bien sabemos es una de las características esenciales de la Iglesia. Juan Pablo II hacía énfasis en este sentido al decir:

---

<sup>30</sup> EN, n. 76.

<sup>31</sup> Cf. EN, n. 10.

«Precisamente porque dentro de la Iglesia es el hombre de la comunión, el presbítero debe ser, en su relación con todos los hombres, el hombre de la misión y del diálogo. Enraizado profundamente en la verdad y en la caridad de Cristo, y animado por el deseo y el mandato de anunciar a todos su salvación, está llamado a establecer con todos los hombres relaciones de fraternidad, de servicio, de búsqueda común de la verdad, de promoción de la justicia y la paz»<sup>32</sup>.

Así pues, el sacerdote está invitado a vivir en la concreción de sus relaciones la dimensión teológica de la comunión, como también aquella de la misión, la cual está intrínsecamente ligada a su oficio al recibir la ordenación sacerdotal. La comunión y la dimensión misionera serán visibles de modo especial en la relación que el sacerdote tenga con la comunidad y, en nuestro caso concreto de ser centinela de centinelas, con los catequistas. De igual manera su testimonio de vida debe estar íntimamente ligado a una vivencia serena y alegre de los consejos evangélicos a los cuales está llamado a vivir cuando recibe el sacramento del orden. La obediencia, que viene a ser un testimonio de humildad y de amor a Dios que expresa el saber ponerse con confianza en sus manos, para buscar siempre el bien de los demás y del pueblo de Dios. Vivir el celibato como expresión de fidelidad, de dedicación plena y generosa y como signo de esperanza en los tiempos futuros, ya que estamos llamados a participar de la gloria divina. La pobreza aceptada y vivida como un signo profético de la Iglesia pobre para los pobres<sup>33</sup>, como lo suele invocar el papa Francisco y para mostrar que todos debemos hacer el esfuerzo por no dejarnos seducir por la globalización del consumismo y de la indiferencia, que lleva a olvidar que Jesús nos llama a una opción preferencial por los pobres.

## El sacerdote, maestro de la fe

Siguiendo el ejemplo de Jesús, el verdadero Maestro, que llama y convoca a sus discípulos para enseñarles su doctrina llena de poder (cf. *Mc* 8, 35-38; 1, 27), también el sacerdote tiene el deber de enseñar el Evangelio. Esta tarea se hace particularmente visible en la predicación con ocasión de la celebración de los sacramentos y en la catequesis, la cual no puede ser improvisada, sino «bien estructurada y bien ordenada»<sup>34</sup>. Esta característica debe estar viva y presente en el cumplimiento de su ministerio profético como catequista, también al ayudar

---

<sup>32</sup> *Pastores dabo vobis*, n. 18.

<sup>33</sup> Cf. EG, n. 198

<sup>34</sup> JUAN PABLO II, exhortación apostólica *Catechesi tradendae*, n. 64 (En adelante CT).



a formar a los catequistas que tiene bajo su cuidado. Él tiene que ser un verdadero pedagogo, que sigue la pedagogía divina y busca introducir a las personas, con mucha paciencia y cordialidad, al conocimiento progresivo de Dios, ayudándoles para que acojan el don que Dios da a cada uno en particular y escuchen las palabras que el Espíritu de Dios les dirige. En otras palabras, es el encargado de promover una sólida espiritualidad que lleve a gustar y vivir la intimidad con Dios.

Para poder cumplir esa tarea de ser maestro de la fe, formador y guía de la comunidad, el sacerdote necesita una seria formación permanente profundamente arraigada en la Sagrada Escritura. En los evangelios se nos narran los diversos momentos que dedicaba Jesús para formar a sus apóstoles (cf. *Mt* 10), a quienes destinaba mucho tiempo para explicarles sus enseñanzas (cf. *Lc* 8, 9-15) y hacerlos partícipes de sus secretos (cf. *Mt* 16, 13-29). Él los educaba al silencio y a la oración (cf. *Lc* 11, 1-4), les corregía algunas actitudes mezquinas (cf. *Mc* 9, 33-37) y les hacía testigos de sus milagros (cf. *Mc* 6, 35-43). Como verdadero Maestro, con paciente pedagogía, formó la mente y el corazón de sus apóstoles. De igual modo Pablo no tuvo reparo en exhortar a su amigo y discípulo Timoteo: «Por eso te recuerdo que avives el don de Dios que recibiste por la imposición de mis manos. Porque el Espíritu que Dios nos ha dado no es un espíritu de cobardía, sino de fortaleza, amor y templanza» (2 *Tim* 1, 6-7) y, por lo tanto, le insistía claramente: «Proclama la Palabra de Dios, insiste con ocasión o sin ella, arguye, reprende, exhorta, con paciencia incansable y con afán de enseñar» (2 *Tim* 4, 2).

A imitación de Jesús y de tantos maestros de la fe a lo largo de los siglos, el sacerdote debe preocuparse por brindar o favorecer una buena preparación de aquellos que están al servicio de la iniciación a la vida cristiana de tantos hombres y mujeres sedientos de Dios. Por esto con responsabilidad se preocupará por transmitir con fidelidad la verdad completa del Evangelio, en toda su integridad, sin disminuir ni ocultar sus exigencias, como tampoco los riesgos y las consecuencias de una respuesta a la llamada del Señor: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame» (*Lc* 9, 23).

La fidelidad al mensaje es algo que nunca podemos perder de vista, pues nuestra tarea es anunciar la Palabra del Señor, su Buena Nueva. Pablo VI señaló con gran claridad que «No hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida,

la promesa, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios»<sup>35</sup>. Tampoco podemos olvidar que es la Iglesia la que pone en nuestra boca la Palabra que nos salva, esa Palabra que ella misma ha recibido y por eso es ella la que nos da el mandato para que vayamos a predicar. Nos dice Pablo VI: «A predicarse no a sí mismos o sus ideas personales, sino un evangelio del que ni ellos ni ella son dueños o propietarios absolutos para disponer de él a su gusto, sino ministros para transmitirlo con suma fidelidad»<sup>36</sup>. De ahí la gran responsabilidad, como señala el Vaticano II, de ser «heraldos de la fe», «pregoñeros del Evangelio» y «Maestros auténticos» llamados a predicar la verdad revelada, a iluminarla con la luz del Espíritu Santo y a hacerla fructificar y vigilar para evitar que teorías erróneas puedan perturbar la fe de los fieles<sup>37</sup>.

Ofrecer una formación a quienes en la comunidad cristiana están más empeñados en brindar un acompañamiento y una introducción a la fe a quienes se encuentran en búsqueda del Señor es una tarea exigente que tiene que incluir un profundo conocimiento de Dios, una relación personal y amorosa con Él, pero al mismo tiempo una cercanía y un conocimiento de lo que es la realidad concreta de la sociedad en la que va a anunciar la Buena Nueva. Pero para ello es el sacerdote quien primero debe prepararse con la oración, el estudio y la reflexión, a fin de conocer no solo los principales elementos bíblicos, doctrinales, catequéticos y pastorales, sino también conocer a fondo el corazón del hombre de hoy, sus inquietudes, angustias y problemas, e igualmente sus anhelos, gozos y esperanzas. Solo así logrará entender al hombre caído y alejado de Dios y sabrá infundir ánimo a quienes en la comunidad quieren llevar un mensaje de esperanza. De esta manera se hace urgente la clara conciencia de la responsabilidad que tiene el sacerdote en la formación de la comunidad, pues «la calidad de la catequesis de una comunidad depende, en grandísima parte, de la presencia y acción del sacerdote»<sup>38</sup>.

El sacerdote, entonces, en cuanto maestro de la fe está llamado a enseñar e instruir, encaminando a los hombres y mujeres de hoy a una sincera conversión (cf. *Mt* 4, 17), a fin de que reconociéndose pecadores y arrepintiéndose de corazón se dejen abrazar por la ternura y misericordia de Dios. De ahí que la acción del sacerdote deba ir también

---

<sup>35</sup> Cf. EN, n. 22.

<sup>36</sup> Cf. EN, n. 15.

<sup>37</sup> Cf. LG, n. 25.

<sup>38</sup> DGC, n. 225.

encaminada a que los miembros de la comunidad tengan una práctica sacramental más intensa, sobre todo en lo referente a la eucaristía y la penitencia. Solo así su enseñanza no se quedará en un plano meramente intelectual, de conocimiento, sino que conducirá a hacer experimentar el poder salvífico (cf. *Rom* 1, 16) y la dulzura del Señor.

Formar una comunidad iniciática y catequistas capaces de llevar a cabo procesos de iniciación cristiana es una labor exigente, en la que el sacerdote se debe esforzar muchísimo, pues no se trata simplemente de capacitar para que transmitan la verdad con competencia, sino de lograr una profunda vivencia de fe cristiana y un seguimiento fiel a Jesucristo dentro de la comunidad eclesial. Pero, ante todo, se trata de infundir un espíritu, un entusiasmo misionero, un deseo irrefrenable de comunicar la experiencia y el gozo de haber encontrado a Cristo, con la conciencia clara de estar al servicio de la acción salvífica y de estar actuando bajo el influjo y en consonancia con el Espíritu Santo, que es el Maestro interior. Al mismo tiempo, sin embargo, debe enseñar y entrenar para que se comunique bien esa experiencia a fin de que se entre en sintonía con los que escuchan, pues de lo contrario se corre el riesgo de perder el esfuerzo que se está haciendo de llegar al corazón de ellos para suscitar ese deseo de conocer a Cristo y de tener el mismo gozo interior de quien está dando testimonio.

## El sacerdote, pastor de la comunidad

La labor del sacerdote se inscribe dentro de una pastoral misionera cuyo objetivo central, es lo que ya expresaba Juan Pablo II, «que todo hombre pueda encontrar a Cristo, para que Cristo pueda recorrer con cada uno el camino de la vida, con la potencia de la verdad acerca del hombre y del mundo, contenida en el misterio de la encarnación y de la redención, con la potencia del amor que irradia en ella»<sup>39</sup>. Para lograr ese encuentro se requiere cumplir el mandato de Jesús de ir a evangelizar por todo el mundo, buscando a quienes no conocen al Señor o se han alejado de él, e igualmente de estar presentes en los distintos escenarios y de responder a los desafíos siempre nuevos de la misión evangelizadora de la Iglesia<sup>40</sup>. Ese encuentro con Cristo tiene como objeto imprescindible el de llevar a la convicción de que Dios nos ama: esta es la gran verdad de nuestra vida, la cual es capaz de dar sentido a todo lo demás, teniendo en cuenta que no somos fruto de la casualidad

<sup>39</sup> JUAN PABLO II, encíclica *Redemptor hominis*, n. 13.

<sup>40</sup> Cf. EG, n. 20.

o la irracionalidad, sino que en el origen de nuestra existencia hay un proyecto del amor de Dios<sup>41</sup>. Ese encuentro, sin embargo, no es algo para hacer en solitario o exclusivamente de manera individual, puesto que no se trata de una experiencia que se acomode a nuestros sentimientos y caprichos, sino que es un encuentro que debemos realizar al interior de una comunidad. En efecto, hemos recibido la fe en la comunidad cristiana y es en ella donde debemos igualmente vivirla y transmitirla. Benedicto XVI decía al respecto: «Tener fe es apoyarse en la fe de tus hermanos, y que tu fe sirva igualmente para la de otros»<sup>42</sup>.

El sacerdote entonces está llamado a sostener y guiar esa intercomunicación de la fe, mostrándose como el buen pastor que colabora de manera eficaz para crear la comunión. Él siempre debe tener conciencia de que es Jesús quien obra y envía su Espíritu para formar y sostener la comunidad. Además, Jesús buen Pastor con sus palabras, pero sobre todo con sus actitudes, ha hecho vida en nosotros esa verdad, nos ha dejado ver el «rostro misericordioso del Padre» y nos ha invitado a vivir e integrarnos dentro de la comunidad, viviendo el amor y la fraternidad. Él nos dio ejemplo de cómo comunicar su mensaje e ir creando comunión. Por ello, su humildad, su constante invitación a la conversión, su cercanía con la gente, su total disponibilidad de servicio, su comprensión, su misericordia, su capacidad de perdón y su entrega total y generosa en la cruz nos muestran muchas de las características que deben estar siempre presentes en el ejercicio ministerial de los presbíteros, quienes, «en virtud de su consagración están configurados con Jesús, Buen Pastor, y llamados a imitar y revivir su misma caridad pastoral»<sup>43</sup>.

Como buen pastor el sacerdote debe tener una total disponibilidad para el cumplimiento de su misión, dándose por completo a los demás por amor a su Señor, ya que en todo su ser y su quehacer ha de ser «epifanía y transparencia del Buen Pastor que da la vida»<sup>44</sup>. Por consiguiente es un guía que sabe encontrar lo mejor para su comunidad, a la cual ama, cuida y acompaña con paciencia para instruirla y educarla, para infundirle entusiasmo y deseo de vivir y profesar con autenticidad la fe cristiana, y para ello siempre está con ella para escucharla, conocer sus dificultades, animarla y confortarla con su palabra y su servicio desinteresado. En la actualidad debe guiarla en «salida misionera», compar-

---

<sup>41</sup> Cf. BENEDICTO XVI, [MJ] Madrid 2011, *Homilía durante la Vigilia*, 20 de agosto de 2011.

<sup>42</sup> BENEDICTO XVI, [MJ] Madrid 2011, *Homilía de la Misa Conclusiva*, 21 de agosto de 2011.

<sup>43</sup> *Pastores dabo vobis*, n. 22.

<sup>44</sup> *Pastores dabo vobis*, n. 49.

tiendo su preocupación por la «casa común»<sup>45</sup>, por la Iglesia universal y la porción del pueblo de Dios que le ha sido confiado. Es aquí, en esta comunidad, donde ejercerá su autoridad promoviendo el sentido de la común responsabilidad hacia el testimonio y la transmisión de la fe y se preocupará por dar impulso a una verdadera labor de iniciación a la vida cristiana, creando procesos que permitan acompañar a todos los miembros de su comunidad en una formación permanente que les lleve a la madurez de la fe.

En su labor de pastor y educador de la fe, debe tener cuidado en el trato interpersonal, prepararse con esmero para ser competente en la escucha, la comprensión y el consejo e igualmente para ser idóneo en la búsqueda de nuevos senderos que le ayuden en la construcción de la comunidad y en la conducción de la misma para llevarla a ser testigo veraz y creíble ante el mundo de hoy. El pastor, entonces, debe tener, por una parte, el arte de la comunicación para saber emplear bien un lenguaje capaz de presentar integralmente el contenido catequístico y suscitar la adhesión incondicional al Evangelio y a la Iglesia; pero por otra, una metodología catequística que, con gran fidelidad a Dios y fidelidad al hombre, en una misma actitud de amor<sup>46</sup>, le permita sacar adelante un válido itinerario catequístico, teniendo en cuenta el ambiente, la cultura, la situación concreta y los intereses de quienes se dirige, para irradiar con la luz de Cristo toda su existencia.

## Epílogo

Qué hermosa tarea y que gran responsabilidad es la de ser «centinela de los centinelas de la memoria de Dios». Es aquí en donde el ser y el quehacer del sacerdote se funden en una misma realidad, pues todo el ser sacerdotal está encaminado a vivir y expresar con amor y total dedicación su labor de ser testigo, maestro y pastor, para ayudar al crecimiento y madurez de las comunidades cristianas. Una labor en la que él debe contar activamente con la valiosa colaboración de los catequistas, los cuales, con gran generosidad y entrega, ayudan a forjar una comunidad que viva en tensión misionera permanente. Juan Pablo II hacía ver que el binomio sacerdote y catequesis evoca el don y la tarea primaria de los obispos y de los sacerdotes, es decir, la edificación de la Iglesia mediante el anuncio de la Palabra de Dios y la enseñanza catequística y, por consiguiente:

---

<sup>45</sup> Cf. LS, especialmente nn. 13, 53, 243.

<sup>46</sup> Cf. CT, n. 55.

«Al ser el primer catequista en la comunidad, el presbítero, especialmente si es párroco, está llamado a ser el primer creyente y discípulo de la Palabra de Dios, y a dedicar una atención asidua al discernimiento y al acompañamiento de las vocaciones para el servicio catequístico. Como “catequista de catequistas”, no puede dejar de preocuparse de su formación espiritual, doctrinal y cultural»<sup>47</sup>.

El ser del sacerdote, como catequista, le implica necesariamente una vida de testimonio y de autenticidad para mostrar con su palabra y su vida lo que es ser un discípulo misionero, cuya existencia misma sea un grito de esperanza y de gran espiritualidad capaz de despertar las conciencias de los hombres y las mujeres de hoy. El saber que ha de acompañar su acción le compromete en una preparación personal y una formación permanente para poder ser maestro en la comunidad, capaz de discernir los signos de los tiempos a la luz de Cristo y mantener un justo equilibrio entre la ineludible creatividad pastoral y la fidelidad inalterable al mensaje revelado para ayudar al crecimiento y la madurez de la fe y la formación de buenos catequistas. Por último, como pastor debe saber hacer para comunicar de manera viva y eficaz la Palabra de Dios, guiar hacia Cristo a los hombres y mujeres de hoy y fortalecer la comunidad cristiana dando ejemplo e impulsando la comunión apoyado en la gracia de Cristo.

***SOBRE ESTE TEMA TAMBIÉN PUEDES CONSULTAR:***

ESTEPA LLAURENS, José Manuel, *La catequesis en la misión de la Iglesia. Escritos catequéticos 1960-2010*

La responsabilidad y tareas del sacerdote en la acción catequética, pp. 981-1004.

Por una catequesis en una nueva etapa eclesial, pp. 1005 - 1017.

---

<sup>47</sup> JUAN PABLO II, discurso *El sacerdote es catequista de los catequistas*, 8 de mayo de 2003.